

EL CRISTO DE LA MOTA



Un renglón de historia.—Una capilla.—Un castillo.—Rejas y cárceles.—Recuerdos tristes.—Romeros.—Kostarras.—Restauración.—A buen juez mejor testigo.—Su nuevo recinto.

En la cúspide del monte Urgull, templado por todos los elementos que la naturaleza envía, se halla el castillo llamado de la Mota.

Las primeras obras de esta fortaleza se atribuyen al rey de Nabarra D. Sancho el Fuerte, ejecutadas por los años de 1194.

Cuatro siglos después hizo importantes reformas en el mismo sitio el famoso ingeniero militar Hércules Torrelli.

Allí, en aquel alto, desde no sabemos qué tiempo, existe una capilla consagrada con el nombre del Cristo de la Mota.

El recinto es obscuro y reducido, y en él domina un vago ambiente rojizo producido por la escasa luz que traspasa las cortinas coloradas que cubren las dos únicas ventanas.

En el fondo, la amarilla luz de una lámpara ayuda á entrever una efigie que, conforme se va acercando á ella, se va adivinando lo que es, mejor dicho, se siente.

La lámpara, como apenándose de no poder dar más de sí, y extendiendo su claridad á la medida de sus vacilantes rayos, alcanza á enseñar parte de la efigie: son dos piés atravesados por un clavo hincado á la base de una cruz, lo demás se va presintiendo, se ve un torso recaído y ensangrentado, después un brazo, y otro más arriba, y entre ambos la divina cabeza reclinada sobre el pecho, es la imágen de Jesús, es el Cristo de la Mota.

Allí está solo, en la cumbre, y al pié de ese monte Urgull se extiende una población, es San Sebastián; parece que desde lo alto en

donde el Cristo está con los brazos abiertos, quiere abrazar á Donostía.

En la capilla reina misterioso silencio, silencio que algunas veces suele ser interrumpido por risotadas, y otras por llanto, otros días por canciones ora un tanto libres, ora morales, unas tiernísimas, otras desesperantes. Son lamentos y plegarias que envían rejas afuera los desgraciados encarcelados que yacen rejas adentro.

Era cierto día de uno de los años del 50 al 53 de nuestro siglo; extraordinario y nunca conocido movimiento se agita en el castillo de la Mota, la capilla se halla iluminada por cuatro velas amarillas, junto al altar se ha dispuesto un banco, sentado en él más tarde se ve un hombre; es un reo que va á expiar la culpa cometida.

A la mañana siguiente tropes de gentes acuden á las faldas del Urgull, y son asaltadas sus puertas por inmensa muchedumbre.

La capilla de la Mota abre de par en par sus puertecitas y custodiado por dos capellanes sale el desgraciado soldado que va á ser fusilado.

El reo vuelve la cabeza desde el dintel de la puerta para ver por vez postrera el divino rostro del Cristo de la Mota; ya los tambores baten acompasada y monótona marcha, se forma el cuadro, de donde se divisa tranquilo y sosegado el mar Cantábrico, y unos minutos después, tras un seco estampido cuyos ecos repercuten en el espacio, cae desplomado el cuerpo del desgraciado soldado, culpable por haber dado muerte á un compañero suyo en el paseo de Murrqueta.

El último pensamiento que se mantuvo en la mente de aquella víctima de la justicia humana fué el recuerdo del Cristo de la Mota.

Tenía también singular devoción á éste la gente de la costa. Cuando la romería de la Cruz de Septiembre, venían como hoy los *kostarras* á cumplir sus promesas al Cristo de Lezo, pero antes de efectuar sus devotos ofrecimientos, subían á visitar al Cristo de la Mota.

Entonces no había ferro-carriles, ni facilidad de vehiculos, así es que era delicioso ver bogar tanta lancha, cuyos tripulantes se saludaban con sus caprichosos é interminables *irrintzis*. Desembarcados en el muelle subían seguidamente al Urgull, para volver luego hácia Lezo.

Cuando los *kostarras* llegaban al alto de Miracruz, los romeros se santiguaban mirando hácia el castillo de la Mota: de aquel punto se divisan el santuario de Lezo y la capilla de la Mota, y por esto es conocido con el nombre de Miracruz.

Las precedentes líneas han sido sugeridas por la restauración de que ha sido objeto el famoso Cristo de la Mota.

La capilla del castillo ya no existe, ni hay presos. Hoy no han quedado en el sitio que acabamos de describir, sino vestigios de lo que fué y recuerdos más ó ménos palpables.

El Crucifijo fué trasladado hace pocos años al hospital militar, pero se hallaba en tal mal estado que hubo necesidad de restaurarlo.

El origen de esta imágen creemos se remontará al siglo XVI, y nos fundamos en el estilo de ella.

Felicítamos al señor capellán del hospital militar, por el feliz acuerdo que ha tenido de restaurarla, y esta obra, bien entendida y ejecutada, ha sido celebrada por cuantas personas la han visto.

Hacemos presente al Excmo. Sr. Gobernador militar de esta plaza, que el Cristo de la Mota, propiedad del ramo de guerra, ha sido objeto de gran devoción entre la gente marinera de nuestra costa cantábrica, y venerado por nueve ó diez generaciones donostiarras.

El Crucifijo, motivo de este artículo, es fiel testigo de los acontecimientos que en San Sebastián se han desarrollado durante tres ó cuatro siglos; así es que los donostiarras le queremos entrañablemente.

Ahora es venerado en la capilla del hospital militar, donde se halla bajo un bonito dosel.

FRANCISCO LOPEZ ALÉN.

